

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
DOCTOR D.F.MAZA ZAVALA,
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS,
EN LA SESION SOLEMNE DEL
CONCEJO MUNICIPAL DE CARACAS
CON MOTIVO DEL DIA DEL ECONOMISTA**

En épocas de dificultades económicas las miradas se vuelven hacia los economistas. Esto es lógico. Cuando se goza de buena salud poco se visita al médico. La ciencia en general es útil en la solución de problemas y se piensa que es menos necesaria en situaciones de normalidad. Sin embargo, aunque sea paradójico, gran parte del esfuerzo científico en la economía se ha aplicado al estudio de las condiciones, los factores y las características del equilibrio económico, bien sea en el ámbito de la empresa, bien en el de la totalidad del sistema. Los grandes economistas han tomado como referencia básica, en lo conceptual y metodológico, la normalidad de la vida económica, la determinación del óptimo en la producción, en el consumo, en la rentabilidad de la inversión, en el empleo de los factores. Incluso Marx, el gran disidente de la escuela clásica, estudió en primer lugar las condiciones de la reproducción del capital y el ingreso en equilibrio, como instancia indispensable para investigar los factores y procesos del desequilibrio y la crisis. Y otro gran disidente de la escuela neoclásica, Lord Keynes,

tuvo por objetivo de su análisis macroeconómico la determinación de las condiciones de equilibrio en situación de subempleo de factores productivos. Si nos atenemos a estos ejemplos de la historia del pensamiento económico, estaríamos tentados de definir la Ciencia Económica como el conocimiento del equilibrio.

No obstante, se ha acusado a los economistas de ser profetas de la catástrofe, de ser mensajeros trágicos del advenimiento de dificultades y crisis. David Ricardo formuló un modelo de desarrollo capitalista en la era postnapoleónica (1817) según el cual en el largo plazo el sistema debería estancarse, porque todo el excedente económico sería consumido por la renta del suelo y el salario de subsistencia, sin margen para la ganancia. Malthus, por la misma época, vaticinaba que el crecimiento de la población superaría al de la producción para sustentarla si no se le imponían frenos y controles. Keynes, en medio de la gran depresión económica capitalista de los años 30, demostraba que la economía sujeta a sus propias leyes y tendencia cae en una especie de trampa de equilibrio en que son compatibles el desempleo, la parcial utilización del equipo productivo y la maximización del beneficio privado en condiciones estructurales dadas. Por supuesto, Marx fue el profeta revolucionario del colapso del capitalismo según las leyes históricas que él postuló. Pero también hay que citar a otros grandes pensadores que levantaron con sus ideas monumentos al optimismo como principio de la acción económica: Adam Smith (1776), considerado el padre de la Ciencia Económica, elaboró el marco conceptual de la búsqueda de la riqueza de las naciones bajo el imperio del liberalismo en ascenso, en una época en que caían los bastiones del régimen feudal/aristocrático y se levantaban las banderas de la democracia burguesa; John Stuart Mill (1848) presentó como síntesis de la teoría clásica libera la tendencia del sistema a la madurez, pero no como estancamiento depresivo, sino como abundancia de

capital hasta el punto de que la tasa de ganancia llegaría a cero, aunque la productividad seguiría aumentando y el bienestar fortaleciéndose merced al adelanto tecnológico; situación que también le parecía deseable a Keynes, ya que la inestabilidad de la inversión movida por el lucro cesaría al anularse la tasa de ganancia. Y en la cumbre neoclásica Alfredo Marshall (1898) concebía un sistema de expansión equilibrada mediante el funcionamiento eficaz de los mecanismos del mercado, suavemente corregidos en sus posibles desviaciones por dispositivos de ajuste manejados por la política económica.

El advenimiento de las catástrofes económicas, o de los más asimilables períodos de recesión, no podía ser atribuido a los economistas, pues éstos razonaron -y razonan- que las leyes descubiertas o formuladas por ellos permitían el funcionamiento del sistema en condiciones aproximadamente normales, y sólo su violación o entorpecimiento por la interferencia de conductas o políticas superpuestas a aquellas, o que procuran sustituirlas, causaba los desequilibrios más graves. Por supuesto, una vez más, hay que exceptuar a Marx y a Keynes, como representativos de dos grandes líneas teóricas y pragmáticas de la vida económica, quienes sustentaron la tesis -cada uno en su óptica estructural e ideológica- de que precisamente el funcionamiento de esas leyes en el capitalismo propician las situaciones no concordantes con la imagen clásica del equilibrio del sistema. Por otra parte, los economistas, como tales, no pueden responder por las acciones de los empresarios o de los gobernantes, ya que su función propia no es la de conducir empresas ni gobiernos, y ni aún en el caso de que actúen como asesores sus advertencias, recomendaciones, observaciones o consejos no son vinculantes y con frecuencias son obviadas o interpretados subjetivamente. Pero no deja de acusarse a los economistas de los malos hechos o las inconvenientes orientaciones de la gestión económica privada

u oficial; no por ello hay que eludir la responsabilidad profesional y científica de indicar errores u omisiones, de diagnosticar problemas y de señalar alternativas de solución, aunque haya que asumir al riesgo de no ser atendidos y, sin embargo, señalados como agentes de la inconformidad.

Los economistas tratan de ayudar con sus conocimientos en los asuntos de la vida económica diaria, bien sea en el nivel de lo pequeño —que son las células del tejido social— o en el de lo grande que se expresa en la política económica y la estrategia de desarrollo. En épocas de abundancia relativa, de facilidades materiales, de crecimiento de las dimensiones de la riqueza, la función de los economistas parece buena, o pasa desapercibida, pues la euforia de la disponibilidad generosa de recursos permite tender un manto de expectativas optimistas sobre lo que ocurre en las fuentes de las decisiones. Pocos reparan en esos momentos en que la mala administración de la abundancia propicia la gestación o la acentuación de los factores que conducirán a la crisis. A esos pocos iluminados que se atreven a señalar las consecuencias desastrosas de los excesos, deformaciones y errores se les toma como desatinados o como aves agoreras que cruzan un cielo espléndido. La razón que se pone de manifiesto cuando los acontecimientos previstos ya están en curso no ayuda mucho a rectificar los rumbos y cubrir las omisiones, porque la terquedad humana, o el predominio de intereses políticos o económicos parciales, hace perder el sentido de las proporciones o la simple indicación de la lógica. Pero aún así, los economistas siempre están en sus puestos de trabajo como investigadores, docentes, funcionarios, asesores u orientadores en materias de su competencia, procurando que prevalezca el criterio científico en la toma de decisiones, conscientes, sin embargo, de que los preceptos o resultados del análisis económicos no son aplicados generalmente en el clima de condiciones y restricciones que la teoría

supone sino en el contexto de una realidad conflictiva, multidimensional, en que las fronteras de lo económico se tornan imprecisas y otros factores de la vida social imponen el curso de su acción.

La Ciencia Económica, para cumplir las exigencias que se le hacen, ya que no se desenvuelve en el plano de lo puramente especulativo, tiene que adelantarse a los acontecimientos y no limitarse a la instancia del diagnóstico. Es importante la identificación objetiva de los fenómenos, su conocimiento oportuno, pero no tendría objeto la ciencia si no estuviera en capacidad de formular un pronóstico, una prefiguración de lo probable, una imagen verosímil del futuro en el corto, el mediano y el largo plazo. La prueba del desarrollo de una ciencia —sea física, natural o social— consiste en su posibilidad de previsión, en revelar el curso que pudieran tomar las variables significativas de un sistema bajo las restricciones de supuestos que en parte obedecen a la experiencia histórica, en parte a la propia racionalidad del comportamiento de las variables y en parte a la intuición y a la imaginación que ejercita el científico en uso de sus facultades. En economía, como en las ciencias sociales en general, el pronóstico es difícil, complejo, eminentemente probalístico, y con alguna frecuencia tiene la debilidad de toda aventura en un terreno movedizo y cambiante. En épocas caracterizadas por tendencias manifiestas —como la que se extendió después de la II Guerra Mundial hasta la década de los sesenta— el pronóstico se facilita, pues la probabilidad de que los movimientos ya observados continúen realizándose aunque con variaciones posibles de determinar es bastante elevada. Son las épocas de crecimiento sostenido, de persistencia relativa de las condiciones favorables a la actividad productiva, de horizontes despejados y rumbos previsibles. En estas épocas de expansión y progreso alcanzan su clímax de credibilidad y autoridad los sistemas teóricos y

de política económica, que de uno u otro modo contribuyeron a la formación de las conductas públicas y privadas que favorecieron los resultados obtenidos. Tales épocas marcan jalones fundamentales de la historia económica, social y política, pero también los del pensamiento central que alumbró los caminos del quehacer humano. A grandes rasgos puedo mencionar esas correlaciones positivas entre el desarrollo de la economía y el de la ciencia económica: la que existió desde la segunda mitad del siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX entre el poderoso surgimiento de la industrialización europea, principalmente inglesa y francesa, asistido por la revolución científico/tecnológica, y las doctrinas clásicas liberales que culminaron con la obra de John Stuart Mill; fue, desde luego, la época de la hegemonía británica, de la consolidación de la burguesía como nueva clase dominante, de la lucha capitalista por la estructuración de un mercado mundial; sobrevino luego la época de la recurrencia de las crisis económicas agudas, de las luchas sociales de la clase obrera, de las contradicciones irritantes entre el enriquecimiento de los empresarios y la pobreza de los asalariados, que conformaron el escenario ensombrecido en que nació la concepción teórica de Marx; y más tarde en la segunda mitad del siglo pasado, bajo el reinado victoriano, cuando llegó a su plenitud el capitalismo de libre competencia, la división ricardiana del trabajo entre las naciones, la maduración de la empresa como unidad de producción y de acumulación, el pensamiento neoclásico contenido entre las líneas maestras de la oferta y la demanda forjadas de múltiples comportamientos individuales, pero gobernadas por la mano invisible del mercado, encuentra su exponente preclaro en Alfredo Marshall, por no citar otros autores de comparables méritos. Si, como dijo Keynes, las ideas de Ricardo conquistaron tan cabalmente a Inglaterra y gran parte del mundo postnapoleónico como en su tiempo la Santa Inquisición a España, también habría que decir que las ideas de Marshall consti-

tuyeron la doctrina consagrada de la empresa libre, el consumidor soberano, el equilibrio estable y el Estado neutral, hasta la espectacular caída de la Bolsa de Nueva York en 1929 y la subsecuente depresión.

La sombría época que siguió al colapso bursátil de Nueva York y se extendió con variaciones hasta el estallido de la II Guerra Mundial, con desempleo masivo, inversión postrada, comercio internacional en espiral descendente, trastornos monetarios y financieros graves y turbulencia de expectativas, entre otras manifestaciones dramáticas, propició el nacimiento de otra gran doctrina económica, la de John Maynard Keynes, respaldada en los hechos por la política heterodoxa de Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos, fundamentada en el diagnóstico de la insuficiencia de la demanda efectiva global, tanto de consumo como de inversión, que puso de relieve las imperfecciones del mercado y las deformaciones impuestas por las leyes del monopolio, y de cuya doctrina se derivó el reconocimiento de la necesidad de las funciones macroeconómicas del Estado, para el sostenimiento de un elevado nivel de actividad mediante el ejercicio de una política fiscal y monetaria compensatoria, concediéndose a la gestión pública una categoría nueva, no sólo de interventora o reguladora, sino de actora en la dinámica del empleo, del gasto y el ingreso, lo que se dio en llamar la Nueva Economía, y también la economía mixta. Huelga mencionar la profunda huella que las enseñanzas keynesianas han impreso en la vida económica mundial y que tuvo su mayor vigencia en el tercer cuarto del siglo actual. Si es verdad que la fuerza de las ideas se agota en una temporada histórica, también lo es que las mismas persisten, modificadas, en la estructura básica de la ciencia y en las orientaciones sutiles de la política, porque las grandes vertientes del conocimiento no se secan sino que se insumen en la corriente del saber humano, fecundando nuevos pensamientos y nuevas for-

mas de la conducta, lo que es otro modo de entender que el hilo de la historia no tiene soluciones de continuidad.

Interesa mucho más hacer referencia a otra correlación positiva entre los procesos económicos fundamentales y la creación científica en este campo: la que se dio en nuestra América Latina también en la postguerra, simultáneamente con el ascenso del keynesianismo en los países industrializados, y en otro sentido de disidencia con los principios neoclásicos: el intento de ruptura con la teoría convencional del comercio exterior, con la división ricardiana del trabajo entre los países y la igualdad supuesta de oportunidades en la economía mundial, que está vinculado a la obra y a la lucha del gran latinoamericano que fue —y lo es en la dimensión histórica— Raúl Prebisch, y con él Celso Furtado, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Aldo Ferrer, Juan Noyola, José Antonio Mayobre, Felipe Pazos y otros no menos ilustres que representan la escuela de la CEPAL. Sus ideas —que han tenido la virtud en las propias revisiones de sus autores de estar en proceso casi permanente de transformación en base de la crítica y la autocrítica— han cobrado fuerza de acción en las políticas practicadas en la mayoría de los países latinoamericanos los últimos 35 años, plasmadas en reformas institucionales y estrategias económicas que abrieron camino o impulsaron la industrialización sustitutiva de importaciones, la integración regional o subregional, la promoción de exportaciones no tradicionales, la defensa de los términos de intercambio y la ponderación de las ventajas comparativas mediante el tratamiento preferencial a las exportaciones de los países llamados “en vías de desarrollo” por parte de los industrializados. Sin dejar de considerar los errores, las imperfecciones, las omisiones y las evidentes limitaciones de esa doctrina denominada latinoamericana, hay que reconocer que contribuyó al impulso de crecimiento regional hasta la década de los

setenta, cuando los profundos trastornos de la economía capitalista mundial, que aun persisten, determinaron un cambio de condiciones para la evolución económica de estos países, conjuntamente con la acumulación de obstáculos y desequilibrios que el propio modo de crecimiento preconizado por la CEPAL ha propiciado.

Es necesario señalar, con referencia al mismo escenario latinoamericano de las últimas décadas, la aportación de otras ideas económicas disidentes con respecto a las concepciones clásicas y neoclásicas, orientadas en alguna medida por el marxismo, y que se inscriben en el análisis estructural histórico del subdesarrollo y la dependencia. Sirvan los nombres de André Gunder Frank, Pedro Vuscovic, Alonso Aguilar, José Consuegra, Rodney Arismendi, Armando Córdova, Francisco Mieres, Héctor Malavé Mata, Ramón Losada Aldana, para representar estas corrientes de pensamiento que enriquecen los conocimientos económicos desde la óptica latinoamericana no subordinada a las concepciones teóricas elaboradas en los centros académicos de los países desarrollados.

El rápido y por supuesto incompleto, recuento que he hecho anteriormente para poner de manifiesto la correlación positiva entre las grandes etapas del acontecer económico mundial y la renovación creativa del pensamiento económico con rango científico, me permite situar en el momento presente lo que se ha dado en llamar la crisis de la Ciencia Económica, al parecer inmersa en la propia crisis de la economía. Es paradójico, por decir lo menos, que el progreso alcanzado en la calidad de los conocimientos económicos y en la de los instrumentos y medios técnicos de que puede valerse esta disciplina para la investigación, no sea suficiente para interpretar sin demasiado lugar para la duda y la inconformidad los fenómenos que aquejan a la totalidad de los países, cada

uno en su dimensión, particularidad, modalidad estructural y régimen político. Y más inquietante aun, pero por razón derivada de aquellas crisis de progreso y pensamiento, la reiterada falla de los pronósticos, la inestabilidad de las expectativas, el quebranto de la probabilidad, que configuran lo que Galbraith ha identificado como la era de la incertidumbre. Habrá que decir, pregunto, que la Ciencia Económica se ha rezagado con respecto a los acontecimientos de este tiempo, o que los acontecimientos han roto la barrera de las tendencias manifiestas, del desenvolvimiento confiable, de las políticas consabidas, y que vivimos una época de profundos cambios, de transición hacia un nuevo modo de operar, de crecer, de ajustarse la economía y la sociedad a las nuevas condiciones generadas por el desarrollo científico-tecnológico y la insuficiencia de las instituciones para aprovechar sus frutos en beneficio de la humanidad? Respondo que ha subido la jerarquía de las exigencias que se hacen a la Ciencia Económica, que el arsenal teórico hasta ahora acumulado es insuficiente y que, como en las grandes coyunturas del pasado, debe abrirse camino una renovación creadora de las ideas, de las concepciones, de los sistemas de pensamiento que permita no sólo entender justamente los fenómenos que actualmente nos preocupan, sino también presentar alternativas viables y convincentes para superarlos al menor costo social posible. Esta exigencia es mayor en el caso de nuestros países, pues sus dificultades son especialmente graves, aunque inscritas en la complicada estructura de las relaciones económicas y políticas del mundo contemporáneo. Lejos de mi opinión está la recurrencia simple y cómoda a la dependencia externa, al contexto internacional, para explicar y justificar nuestra situación. No es posible negar, ni sub-estimar, la influencia de los acontecimientos que tienen lugar más allá de las fronteras y sobre los cuales muy escaso poder, si es que alguno, tenemos. Pero no es correcto ni nos ayuda mucho

liberarnos de culpa, declararnos inocentes, hacer el papel de víctimas y esperar que el regreso de los buenos tiempos en el reino de los poderosos de la tierra nos salve de la prostración y abra para nosotros los cauces del bienestar. Tenemos que entendernos aquí, interpretarnos en nuestra propia realidad, ser capaces de analizarnos y comprendernos, ser hábiles para el diagnóstico y, en consecuencia apto para trazar las rutas de la acción, las coordenadas del viaje que debemos emprender para alcanzar, ahora en la necesidad y la escasez crítica de recursos, el objetivo de ser un país bien administrado, seguro de su esfuerzo, empeñado en su trabajo, consciente de sus dimensiones y posibilidades, curado de sueños extravagantes, pero firmemente establecido en la sociedad de las naciones. Y en esta ineludible pero apasionante tarea deben emplearse a fondo los economistas, sin pretender que somos los únicos que podemos encontrar la clave de las dificultades y de las salidas; economistas y otros científicos sociales, profesionales de las distintas disciplinas del saber, dirigentes de las actividades que integran el quehacer nacional, y la fuerza organizada del pueblo, que representa la voluntad de construir con los materiales de sus luchas y angustias una nueva realidad en que tenga cabida la justicia, tenemos que afrontar el gran desafío.

Los instrumentos y medios de que se valen los economistas para la investigación de los fenómenos y problemas que competen a su disciplina, han sido perfeccionados extraordinariamente durante los últimos 40 años. El desarrollo científico-tecnológico beneficia, quizá, más a algunas parcelas del conocimiento que a otras; pero siempre hay un acceso común a todas las disciplinas del saber en cuanto a facilidades tecnológicas para la investigación y aun para el desempeño de las tareas del ejercicio ordinario. Puede observarse que el adelanto de la tecnología al alcance de los economistas, y las que en el propio campo se ha

conquistado, ha sido relativamente mayor que el de la teoría. Este desfase entre medios técnicos y base conceptual puede significar un riesgo para la justa orientación del análisis económico; existe la tentación de sustituir la insuficiencia conceptual, la insatisfacción de la teoría existente, por el manejo operativo que facilita el ambiente técnico en que trabaja el economista. El sesgo tecnológico puede afectar, si no es enmendado por el rigor intelectual del criterio que debe guiar al investigador, a la justeza de las conclusiones y propiciar los errores de las decisiones y la inconsistencia de la política. No se debe convertir a la Ciencia Económica en una mecánica económica, en una manipulación de variables y relaciones, de cantidades y parámetros, de modelos y diagramas, dejando de lado los comportamientos sociales, el juego de los intereses materiales e ideológicos de los grupos, las fuerzas que impulsan las acciones de los seres humanos que son, después de todo, los constructores de la realidad. La economía no es una maquinaria impersonal, automáticamente sometida a mecanismos y leyes inexorables de funcionamiento; es un tejido de decisiones, de actuaciones, de propósitos, que se van anudando y vibra con las tensiones y presiones, tan fuertes que algunas veces ocurren rupturas y desgarramientos y hay que proceder a repararlos cuando ello es posible, o reconstruir el tejido cuando los remiendos no son suficientes. Ahora estamos, precisamente, en una situación en que los remiendos no bastan.

El fenómeno evidente es la escasez de recursos. Venezuela ha estado montada sobre un lago de petróleo que en los años que vienen de 1974 a 1985 se desbordó en dones y alimentó las expectativas de una bonanza ilimitada y permanente. Esos dones, sin embargo, fueron escasos para los apetitos de enriquecimiento de una minoría, para cubrir la ineficiencia de administradores y empresarios, para financiar proyectos diseñados para un país con oferta gene-

rosa de recursos, que no tenía supuestamente el problema de las restricciones de demanda, costos y productividad, para ensanchar los cauces de las gratuidades sociales y colocar en el exterior inmensas fortunas sustraídas al potencial fiscal y financiero. Aparentemente habíamos descubierto la piedra filosofal de la abundancia sin costo, de la riqueza sin esfuerzo, del disfrute sin sacrificio. Una economía con tal descubrimiento está más allá de la competencia de la Ciencia Económica, pues ésta no es alquimia milagrosa para extraer bienes de la nada. Nuestra ciencia tiene sentido porque la humanidad, bajo cualquier sistema, en cualquier época, confronta el problema de la escasez, es decir, de la limitación con frecuencia drástica de los medios para obtener la riqueza indispensable con lo cual satisfacer necesidades múltiples y crecientes, desde las más elementales hasta las más complejas. El éxito de un sistema económico-social consiste, principalmente, en acrecentar la riqueza en una medida mayor que la de las necesidades, para poder acumular y preparar las condiciones que permitan una mayor creación de riqueza. Desde luego, este afán de enriquecimiento no tendría justificación social si al mismo tiempo el bienestar de la población, la calidad de la vida, la seguridad material, el ascenso a la cumbre de la prosperidad de todos, y no únicamente de pocos elegidos y privilegiados, estuviese lográndose en la mejor forma. Pero no existe ninguna magia que libere al hombre del propio esfuerzo, de la creación de bienes valiosos mediante el trabajo; nuestro error -no el personal, no el de cada individuo, hablo de error nacional, más de la responsabilidad colectiva en la etapa democrática que en la autocrática y dictatorial- consiste en la ilusión de que el petróleo es la magia que nos emancipa de la escasez. Pero a veces los genios surgidos de los mitos hacen travesuras y trastadas para advertir a los mortales de sus limitaciones; y este genio nuestro, el oscuro gigante del subsuelo, nos advierte que el sueño ha terminado

y que han llegado los días en que cada árbol plantado, cada piedra tallada, cada red tejida, cada fuego encendido en la forja, cada camino abierto van a ser los que aseguren el pan y el vino, el abrigo y la lumbre, el azúcar y la sal.

Volvamos al severo lenguaje de los hechos económicos. La escasez es la condición normal de la acción económica. Aun en el supuesto de una justa distribución del ingreso, la escasez limita la satisfacción de las necesidades y acicatea la actividad productiva. La escasez tiene una mayor valoración cuando la economía se sustenta en la reproductividad, porque esta no es un don natural sino un proceso del trabajo. Cuando la economía se sustenta en la explotación de un recurso no renovable, como el petróleo, y cuando ese recurso es precisamente petróleo -es decir la sustancia energética del siglo XX-, la valoración de la escasez es distinta y, por tanto, diferente el orden de limitación de las necesidades. El Estado, gran perceptor de la riqueza, no tiene ante sí el límite que oponen la capacidad y la resistencia del contribuyente, y el gasto público se derrama generosamente por vertientes que no dejan la huella de su paso. El Estado es, entonces, el gran dispensador de liberalidades y estipendios, la fuente de los subsidios y los créditos que no se reembolsan, al empleador de personal que no se requiere, el financiador de la ineficiencia y el derroche, el padre que reparte sus favores con la más variada inclinación a los hijos. Al Estado debe corresponderle, en esta situación excepcional pero que en Venezuela se ha considerado normal, establecer la jerarquía de las necesidades y valorar la escasez; pero el Estado es también víctima de la ilusión de abundancia gratuita y trastoca el orden económico, sin llegar a crear un equilibrio social. El Estado ha crecido tratando de desempeñar lo mejor posible la función de administrador

y distribuidor del ingreso petrolero. Pero ha carecido de un auténtico control público, se ha aislado, no de los intereses dominantes ni de las presiones de los privilegiados, sino de las fuentes mismas de la soberanía y de la propiedad comun, que es el pueblo. La profundización de la democracia es en esencia, en sentido económico, el reconocimiento de que la riqueza petrolera es de propiedad comun y que sólo puede ser invertida en obras materiales y sociales de aprovechamiento comun, lo que equivale a decir que el Estado tiene que sostenerse con el aporte de los contribuyentes y que éstos deben ejercer el control de sus contribuciones en la perspectiva del desarrollo de los intereses comunes.

Ahora estamos ante el requerimiento extraordinario de reorganizar una sociedad en la cual la valoración de la escasez -que es lo mismo que la valoración del trabajo y la necesidad- deje de fundamentarse en una riqueza pública en gran parte gratuita y de naturaleza no reproducible. Al regreso de la ilusión de abundancia tenemos que entender que lo verdaderamente escaso es la potencialidad humana, no como simple recurso productivo sino como fuerza esencial que mueve, orienta, transforma y organiza todo el proceso de la producción y reproducción de la base económica y del orden social del país. Y llegaremos al convencimiento de que la mayor irracionalidad de una organización social consiste en el desperdicio del hombre, porque éste es el activo trascendente, singular, irremplazable fuera de sí mismo, que está subestimado, subutilizado, sometido a desgaste improductivo y en grave riesgo de no renovarse conforme a las crecientes exigencias de una era de cambios radicales como la actual. La escasez, por tanto, no se limita a la caída del petróleo, a la restricción de las divisas, al encojimiento de los ingresos fiscales ordinarios, sino de manera primordial a la capacidad y la voluntad de trabajo,

a la oportunidad del ser humano adulto y apto para crear riqueza, tanto la tangible que se acumula en bienes físicos como la valorativa superior que se expresa en el florecimiento de la cultura y la afirmación de la conciencia nacional.

No siempre es verdad que los extremos se tocan. Las décadas del siglo que se extienden desde los años 30 a los 80, que es como decir para los hombres y mujeres de edad mayor que vivimos el escenario de lo contemporáneo, han sido el tiempo de la gestación, el ascenso y la crisis de lo que pudiera llamarse la **teología del Estado**, establecida entre crisis y crisis, entre la cancelación histórica de una época que se aferró a la razón del liberalismo y la de otra época que levantó la función pública a la categoría de factor estratégico de la vida económica. El Estado en los países industrializados capitalistas se transformó en el garante de la suficiencia de la demanda efectiva, en el corrector de los mecanismos deformantes del mercado, el compensador de las injusticias derivadas de la concentración del poder económico, el benefactor de los discriminados de la fortuna, pero también en el generoso soporte de los consorcios que dejan fuera de juego a la competencia. El Estado en los países llamados “en vías de desarrollo” tomó para sí la responsabilidad de promover, ordenar, impulsar y controlar el desarrollo económico y de difundir los beneficios sociales, para preservar el equilibrio político e institucional que permitiera la gestión privada del crecimiento y la acumulación. El Estado, por tanto, se hizo protector, reformista, populista, benefactor, donante, planificador, regulador, interventor, empresario, financista, omnipresente, es decir, la figura central de una teología que no es precisamente la de la liberación. Asistimos en el presente a una insurgencia ante el poder del Estado, a una negación de su teología, a un intento de derrumbar los ídolos del estatismo. En Venezuela, curiosamente, observamos que

esta rebelión comienza a manifestarse en momentos en que el Estado sufre la contracción del provento petrolero y tiene que restringir su generosidad mal repartida, en momentos en que las vertientes de la abundancia se debilitan y la economía pública rentística tiene que ceder lugar a la economía pública contributiva. Es como cuando se abandona una tierra esquilhada cuya menguante fertilidad no permite la expectativa de cuantiosas cosechas.

Se intenta sustituir la teología del Estado por una nueva teología: la del mercado. La formación, el crecimiento, la universalización del mercado ha sido el fenómeno nuclear del capitalismo. La conversión de todo valor en mercancía, de todo ser humano en comprador o vendedor, de toda necesidad en objeto de transacción ha sido la ley orgánica del capitalismo. La eficiencia de toda producción, el éxito de toda gestión, la prueba de toda inversión, es la concurrencia al mercado. Hay mucho que decir, en la teoría y en la política económica, sobre la transformación del mercado, la modificación de las leyes de la competencia, el cambio histórico de los supuestos en que fundamentaron los clásicos y los neoclásicos sus principios de competencia en mercados perfectos y libres. Se impone la necesidad de una nueva teoría del mercado, que intentó Galbraith con su principio del contrabalanceo o estrategia de compensación como sustituto de la competencia. Pero los nuevos teólogos del mercado, sin demostrar con rigor científico la eficiencia del mercado contemporáneo para asignar óptimamente los recursos, normalizar los precios, los costos y las tasas de ganancia, asegurar el alto empleo y distribuir justamente el ingreso, lo presentan como la única salida a las dificultades que nos agobian, como la apertura a un nuevo orden económico de libertad y productividad, buena administración a la escasez, trabajo para todos y crecimiento de las fuerzas productivas, entre otras bendiciones. Vuelven, por tanto, los viejos dioses, remozados, actualizados, pero conocidos.

Soy partidario de una síntesis no teológica entre la función del Estado y la del mercado. La economía debe funcionar conforme a leyes objetivas de productividad, costos, precios, uso de recursos, derecho de elegir entre alternativas u opciones, cálculo de costeabilidad, margen de beneficio y capacidad de acumulación. Pero esta economía tiene que estar libre de distorsiones monopolísticas, de manipulaciones de oferta o demanda, de engaños al consumidor, de daños al medio ambiente, de depredación de los recursos naturales, de abusos de propiedad. Para alcanzarla, si ella es posible, hay que trazar una estrategia que debe tener como primera instancia la supervivencia económica, emerger de las dificultades más graves, pisar terreno firme; y sobre la marcha rectificar la mala asignación de recursos, reordenarlos en función de necesidades esenciales y prioritarias del país. Crear las condiciones para que las ventajas comparativas de nuestra producción se pongan de relieve, multiplicar la actividad empresarial mediante la incorporación de pequeños y medianos empresarios, modificar la mentalidad de los empresarios en el sentido de que tienen que desempeñarse con recursos escasos, sin pretender cubrir la ineficiencia con aumentos de precios o financiamiento gratuito. Y hay que ir abriendo el mercado a la competencia externa, pero no desmantelando abruptamente la protección aduanera o el incentivo fiscal, sino mediante ajustes de transición. Cuatro o cinco grandes vías deben ser rediseñadas, precisadas y mantenidas: la del crecimiento agrícola, la de la sustitución de importaciones con carácter selectivo, la de nuevas exportaciones que tengan perspectiva cierta en los mercados internacionales, la del desarrollo científico-tecnológico condicionado a nuestras características, necesidades y posibilidades y la de la inversión básica del ingreso petrolero. La reforma del Estado en estudio debe definir los ámbitos económicos en que se desenvuelva la gestión pública y la privada. Y no puede despojarse de ningún modo al Estado de la función, por

demás obligatoria, de fijar las políticas y diseñar los mecanismos para corregir los desequilibrios de la distribución del ingreso tan profundamente acentuados los últimos años.

Distinguidos amigos:

Dentro de dos años se cumplirán cincuenta de la creación de los estudios económicos universitarios en Venezuela. Hace 33 fue fundado el Colegio de Economistas de Venezuela. Los profesionales de la Economía prestan servicio en las diferentes dependencias del sector público, en el sector privado, en las universidades y en el libre ejercicio. Hace tres años fue creada por Ley del Congreso la Academia Nacional de Ciencias Económicas, que me honro en presidir. Los problemas económicos han dejado de ser los misteriosos signos que manejan unos seres extraños y algo magos que se llaman economistas, para entrar en el campo de las diarias preocupaciones del comun de los ciudadanos. Gobernantes, políticos, empresarios, trabajadores, periodistas, usan con desenfado los términos antes críticos de la Ciencia Económica. Sin embargo, los economistas no han logrado el reconocimiento público a que son acreedores. En funciones propias del economista, tanto del Estado como del sector privado, se ocupan profesionales de otras disciplinas, lo que es más notable en el caso de la alta dirección y gerencia de los asuntos económicos y financieros de la República. Se ha dicho que la inclinación a la independencia partidista por parte de los economistas representa una limitación para ser escogidos en los cargos de elevada confianza del Estado. Pero la independencia, que no la indiferencia política, debe ser, sin restar ningún mérito ni razón a los colegas que militan en partidos, una condición favorable a la objetividad y a la serenidad del juicio económico. En todo caso, en más de 40 años de histo-

ria venezolana, los economistas han contribuido a la transformación del país, y hoy, en la adversidad económica, están presentes, como soldados del optimismo para asesorar a los pilotos en la mejor escogencia del rumbo con la mano firme en el timón de la esperanza.

17 de noviembre de 1986